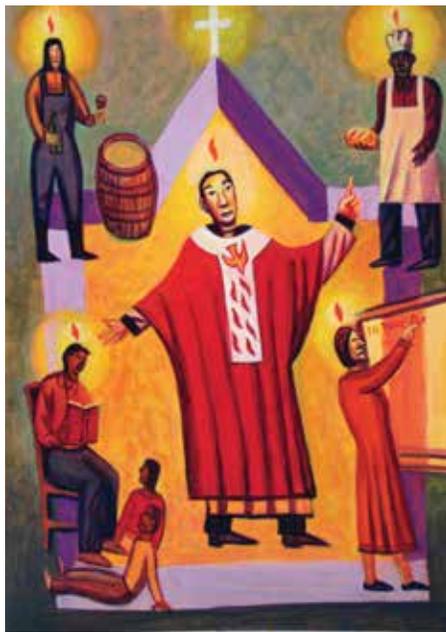


El don del Espíritu Santo

Kristopher W. Seaman

En un curso de historia del arte medieval, la profesora preguntó a sus estudiantes, “¿Cómo se pueden estampar conceptos teológicos en imágenes, particularmente, en la pintura?” Observaba ella que, con frecuencia, es más fácil escribir o hablar sobre conceptos teológicos que plasmarlos con arte. Con todo, a lo largo de la historia de la Iglesia, han surgido personas creativas que han plasmado conceptos teológicos. Encontramos teología y arte fundidos, por ejemplo, en cuadros de la Anunciación. En algunas pinturas medievales de la Anunciación, cuando el ángel Gabriel anunció a María que sería la madre de Jesús, se mira en la parte superior una abertura en el cielo, con Dios Padre observando el momento, y una línea baja hasta María (en la tierra). A mitad de la línea, entre María y el Padre, hay un Jesús arrodillado, y, entre María y Jesús, una paloma figura al Espíritu Santo. Así, los artistas lograban describir teológicamente el relato bíblico de María asintiendo portar en su vientre a Jesús. María porta a Cristo, el don del Padre, por el poder del Espíritu, y se convierte en la primera figura del Nuevo Testamento en recibir el don del Espíritu. La Anunciación anticipa una donación más amplia, la de Pentecostés.

Durante los cincuenta días pascales, celebramos no sólo la resurrección de Jesús de entre los muertos, sino, a los cuarenta días, su Ascensión con la promesa de enviar el don del Espíritu a sus apóstoles. El tiempo pascal culmina en Pentecostés, palabra que significa “cincuentena”. Podemos percibir la importancia de ese día si nos fijamos en el significado de los números. En el Antiguo Testamento, el número siete representa una cifra universal, y muy literalmente, por el relato de la Creación en el Génesis, el día en el que “todo era bueno”, el día de su terminación. El día culminante, además, tiene una cualidad simbólica de bondad, o más precisamente, de santidad, pues el don de la salvación de Dios estará completo cuando la creación sea restaurada y la muerte y el pecado



El Espíritu Santo es la donación de Dios mismo, para transformarnos en su amor divino.

no tengan ya poder alguno. El tiempo pascal consta no de siete días, sino de siete semanas, lo que hace un total de cuarenta y nueve días. En el quincuagésimo celebramos Pentecostés. El siete multiplicado debe llevarnos a profundizar y extender el tiempo de celebrar la victoria redentora de Cristo sobre el pecado y la muerte.

Si en la Anunciación el Padre nos dona a Jesucristo en María, por la virtud del Espíritu, en Pentecostés celebramos que, en el bautismo, se nos dona Cristo Jesús por el poder del Espíritu. También decimos que en la Eucaristía dominical, gracias al Espíritu Santo, recibimos a Cristo para nuestra fortaleza, salud y salvación, hasta el final de los tiempos.

En cierto modo, bautismo y Eucaristía prolongan Pentecostés; es decir, son días o eventos en los que recibimos la donación de Cristo Jesús por medio del Espíritu Santo. Por lo mismo,

pinturas e iconos de Pentecostés muestran a María en medio del grupo de apóstoles, pues ella es modelo perfecto de discípulo, y a una paloma bajando sobre la Iglesia, ahora formada, sostenida y fortalecida por participar primero en el bautismo y luego en la escucha de la Palabra de Cristo y la recepción de su Cuerpo y Sangre, semana a semana.

El Espíritu Santo, dado a María en la Anunciación, luego a los apóstoles y posteriormente a todos los cristianos, es la donación de Dios mismo para transformarnos en su amor divino. Gracias a Pentecostés, participamos del don divino de la victoria de Cristo Jesús.

KRISTOPHER W. SEAMAN, DMIN, es doctorando en el Trinity College, Dublin, Irlanda. Ha sido director de la Oficina para el Culto Divino de la diócesis de Gary. Ha obtenido una maestría en Estudios Litúrgicos ante la Universidad de St. John, de Collegeville, Minnesota, otra en Teología Sistemática y un doctorado en Ministerio ante el Catholic Theological Union.